

# ARCHIVO ANIMADO

Estudios sigüencistas

Facundo Ruiz (Dir.)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

ARCHIVO  
SIGÜENZA  
Y GÓNGORA



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

Ruiz, Facundo

Archivo animado : estudios sigüencistas / Facundo Ruiz. - 1a ed  
- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Facundo Ruiz, 2024.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-631-00-5208-3

1. Literatura Colonial. 2. Barroco. 3. Crítica Literaria. I. Título.  
CDD 860.9972

Este libro se publica con el apoyo de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica, a través del Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (PICT-2021-GRF-TI-00414) y del Programa de Promoción de la Ciencia en el Exterior de la Universidad de Buenos Aires (EX-2023-02012552-UBA-DME#REC).

Diseño de tapa e interiores: Juan Pablo Fernández

Corrección de estilo: Guillermo Saavedra

©Lxs autorxs, 2024

©Archivo Sigüenza y Góngora, 2024

Con el permiso previo y escrito del editor y la adecuada cita de la fuente, se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, la trasmisión o la transformación de este libro.

# Carlos de Sigüenza y su círculo íntimo<sup>1</sup>

Clementina Battcock  
Patricia Escandón

---

<sup>1</sup> Este texto es una versión totalmente reformada, revisada y ampliada de una primera publicada en: Clementina Battcock y Patricia Escandón, "Don Carlos de Sigüenza y Góngora. La vida material y emotiva de un erudito". En: *Cinco siglos de documentos notariales en la historia de México. Época colonial*. México, Quinta Chilla Ediciones, 2015, pp. 137-145.

**Clementina Battcock** es Profesora Investigadora Titular C de la Dirección de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel II, del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología del Gobierno de México. Asimismo, imparte los cursos de Mesoamérica en el Colegio de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (UNAM), es docente del Posgrado en Estudios Mesoamericanos de dicha universidad y profesora titular de la línea de investigación “La representación del ‘indio’ en crónicas, códices y manuscritos novohispanos, siglos XVI-XVII”, en el Posgrado de Historia y Etnohistoria de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (INAH). Recientemente (2023) publicó *La justicia entre los nahuas en el México antiguo, Armar e interpretar. El Códice entrada de los españoles a Tlaxcala y Se debe leer con gran cautela. Compendio histórico de los reyes de Tetzco de Fernando de Alva Ixtlilxóchitl*. Preparó también una nueva edición, con estudio preliminar, del *Códice Ramírez: Hallado, casi perdido, publicado*, co-coordinado con Paloma Vargas (Fondo de Cultura Económica, 2024).

**Patricia Escandón** es Doctora en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México e Investigadora titular del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, donde también dirigió el Departamento de Publicaciones. Es Profesora en el Colegio de Historia, el Posgrado de Historia y el Posgrado de Estudios Latinoamericanos (UNAM). Es miembro del SIN y ha sido dos veces becaria de la Agencia Española de Cooperación Internacional. Sus líneas de investigación son la historiografía novohispana, la historia del imperio español y la historia de la Iglesia católica en América, temas sobre los que ha publicado libros y más de 60 artículos y capítulos de libros en México, Argentina, Brasil, Estados Unidos, España e Italia. Entre sus publicaciones principales, pueden señalarse *La herencia de la monarquía católica en la cultura política de América Latina* y, coordinado con Rosa Camelo, *Historiografía mexicana. Vol. II. La creación de una imagen propia. La tradición española, T. 1. Historiografía civil, T. 2. Historiografía eclesiástica*.

**U**no de los más conspicuos estudiosos de este polígrafo novohispano del siglo XVII señaló atinadamente que el destino no le deparó a Sigüenza un sitio encumbrado en su sociedad, sino apenas uno digno, pero subalterno (González González, 2004). Su mente aguda y el abanico de sus inquietudes intelectuales, incluso su conocida cercanía con los máximos dignatarios, el virrey y el arzobispo de México, no fueron suficientes para relevarlo de la obligación de ganarse el sustento arduamente, desarrollando múltiples tareas relacionadas con las letras, a través de comisiones, o de escritos de ocasión para ricos mecenas o patrocinadores.

Esto, naturalmente, se vinculaba en principio con su cuna, española sí, pero no noble, ni siquiera hidalga; también, acaso, tenía que ver con su carácter independiente e impulsivo. Factores nada favorables para ascender u obtener dignidades en una sociedad jerarquizada y vertical, de reglas fijas y poco flexibles.

Por ello parece pertinente echar un vistazo no tanto a su obra intelectual, que a lo largo de los siglos ha sido estudiada y justipreciada por multitud de expertos, sino a sus relaciones humanas: su familia, sus amigos, sus protectores. Y de paso, examinar un poco sus intereses ideológicos tocantes a la identidad criolla, al espíritu de lo que concebía como su patria o nación.

## Una convencional familia novohispana

Don Carlos de Sigüenza y Góngora perteneció a lo que podríamos llamar una familia promedio en el contexto novohispano. Su padre, Carlos de Sigüenza Benito, había sido un cortesano madrileño de segunda, que fue sucesivamente preceptor del príncipe Baltasar Carlos; autor de una genealogía de Felipe IV; criado del virrey duque de Escalona, con quien pasó a México en 1640 y, por último, oficial escribiente segundo de la Secretaría de Gobierno y Guerra.<sup>2</sup>

En mayo de 1642 se casó en la ciudad de México con una joven sevillana, Dionisia Suárez de Figueroa y Góngora (nacida c. 1625-26), se dice que emparentada, por padre, con el insigne poeta cordobés Luis de Góngora.<sup>3</sup> En la vivienda de esta pareja, calle de la Estampa de Jesús María (actualmente La Soledad) (Pérez Salazar, 1928, 12), y a lo largo de 23 años, irían naciendo sus hijos, que no fueron nueve como apuntan los biógrafos, sino al menos once: Inés (1643)<sup>4</sup>, Carlos (1645),<sup>5</sup> Juana Josefa (1647),<sup>6</sup> Francisca (1649),<sup>7</sup> Antonio

---

<sup>2</sup> Expediente de pasajeros a Indias con el duque de Escalona, 2 de abril de 1640. Archivo General de Indias (en adelante AGI), *Contratación*, 5422, n. 34, Información de Carlos de Sigüenza Benito, México, septiembre de 1666, AGI, *México*, 191, n. 6., ff. 6.

<sup>3</sup> Informaciones matrimoniales Carlos de Sigüenza Benito y Dionisia de Figueroa, México, 10-15 de mayo de 1642. FamilySearch: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:939Z-RF9K-8N?view=index&personArk=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3A6DL4-883F&action=view>. Esponsales en: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:939Z-5BXX-V?i=865&cc=1615259>.

<sup>4</sup> Partida bautismal (mayo 1643) en: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NKNY-2WG>.

<sup>5</sup> Nacido el 14 de agosto de 1645; su partida bautismal es del 20 agosto <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:939Z-RG18-F?i=459&cc=1615259>.

<sup>6</sup> Partida bautismal (septiembre 1647) en: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:939Z-RG9Q-2G?i=641&cc=1615259>. Lo amadrinó su abuela, Inés de Medina Pantoja.

<sup>7</sup> Partida bautismal (noviembre 1649) en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:JMBQ-5HF>.

(1652),<sup>8</sup> Lugarda (1654)<sup>9</sup>, Diego (?),<sup>10</sup> José (?), Francisco Dionisio (c. 1662),<sup>11</sup> José Ignacio Felipe (1664)<sup>12</sup> y María Teresa (1666)<sup>13</sup>.

Para mantener a su numerosa prole, al paso del tiempo el padre solicitó y obtuvo diversos cargos adicionales, como el de corregidor de Chietla, Puebla (1654-1657),<sup>14</sup> el de notario real de Indias (1666)<sup>15</sup> y el de contador de la obra de la catedral de Puebla.<sup>16</sup> El desempeño de estas actividades no lo hizo rico, apenas le proporcionó un mediano pasar a él y a su familia.

Posteriormente, las trayectorias vitales de los hijos de don Carlos y doña Dionisia fueron también las que cabría esperar entre un grupo familiar de ingresos medios y sin mayor relieve: se convirtieron en religiosos, padres o madres de familia, militares o empleados del gobierno.

La mayor, Inés, parece haber ingresado en 1660 al convento de monjas concepcionistas de Jesús María, como “capellana real”

---

<sup>8</sup> Partida bautismal, (febrero 1652) en <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:JMBQ-5HK>.

<sup>9</sup> Partida bautismal (mayo 1654) en: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NR1F-1BW>.

<sup>10</sup> No se ha encontrado la partida de bautismo de Diego, pero está mencionado en el testamento de don Carlos de Sigüenza y Góngora (en adelante *Testamento*) México, 9 de agosto de 1700. Notaría 385, Gabriel de Mendieta Rebollo, vol. 2554, ff. 6 r, 10v y 11 v.) Partida bautismal de Francisco, hijo de Diego (14 de enero de 1685) en: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:939Z-RMJF-Z?i=937&cc=1615259>.

<sup>11</sup> No se ha encontrado la partida de bautismo de Francisco, pero está mencionado en el testamento de don Carlos de Sigüenza y Góngora. *Testamento*, ff. 6 r, 10r y 10v.

<sup>12</sup> No se ha encontrado la partida de bautismo de Ignacio, pero está mencionado en el testamento de don Carlos de Sigüenza y Góngora. *Testamento*, ff. 6r.

<sup>13</sup> Partida bautismal (diciembre 1666) en: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:NY3Q-YBJ>.

<sup>14</sup> México, 14 de octubre de 1654, Archivo General de la Nación, México (en adelante AGNM), *Reales cédulas duplicadas*, vol. D19, exp. 152, ff. 109v.

<sup>15</sup> 20 junio de 1665, AGNM, *Reales cédulas duplicadas*, vol., D26, exo. 306, f. 295v. . 28 de septiembre de 1666, AGI, México, 191, n 6.

<sup>16</sup> 3 de mayo de 1674. AGNM, *Reales cédulas duplicadas*, D31, exp. 446, f. 419r. Año 1674, AGNM, *Indiferente virreinal*, caja 733, exp. 22, 1 f. Año 1684, AGNM, *Indiferente virreinal*, caja 2077, exp. 5, 1 f.

(es decir, monja sin pago de dote),<sup>17</sup> pero lo abandonó en algún momento posterior. Diez años más adelante, fue a contraer matrimonio con Gabriel López de Bonilla Hervás, orfebre criollo,<sup>18</sup> hijo homónimo de un toledano que al menos desde 1632 publicaba en México “lunarios”.<sup>19</sup> Se les llamaba también calendarios, anuarios o almanaques y eran muy populares porque, junto a observaciones astronómicas (conjunciones, eclipses, fases lunares), incluían predicciones sobre el clima en las estaciones del año, pronósticos sobre materias náuticas, agrícolas y médicas.

El segundo hijo, Carlos, inició sus estudios con los jesuitas y poco después ingresó al noviciado, de donde luego pasó a un plantel en Puebla. Ahí, tras siete años de formación, fue expulsado a causa de una grave transgresión a las normas institucionales.

Juana Josefa permaneció soltera y al cuidado de sus padres; Francisca se casó alrededor de 1675 con Diego Antonio de Unsueta, cuyo máximo logro fue llegar a alcalde mayor de Xochicoatlán (en el actual estado de Hidalgo),<sup>20</sup> Antonio optó por la carrera de las armas y a sus 19 años se fue de soldado a Filipinas, seguramente en el galeón que zarpó de Acapulco en marzo de 1671.<sup>21</sup> Al igual que lo hiciera Inés, su hermana

---

<sup>17</sup> AGNM, *Indiferente virreinal*, caja 5190, exp. 92, 8 ff., año 1660; AGNM, *General de Parte*, vol. 20, exp. 79, f. 46. 5 de noviembre de 1660.

<sup>18</sup> La boda de Gabriel e Inés se celebró el 30 de noviembre de 1670. Libros de matrimonios de españoles, del Sagrario metropolitano (de la Asunción), ciudad de México. <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:JZK3-HSW>. Gabriel tenía por entonces 34 años, pues había sido bautizado en México el 1 de marzo de 1636. <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:939Z-R82W-6?i=780&cc=1615259&personUrl=%2Fark%3A%2F61903%2F1%3A1%3AQKZF-FM75>. Respecto del oficio de “filigranero” de López Bonilla, hijo, véase AGNM, *Matrimonios*, vol. 213, exp. 61, año 1661.

<sup>19</sup> Sobre López Bonilla desde 1632, véase: México, 4 de septiembre de 1632, AGNM, *General de Parte*, vol. 7, exp. 348, f. 238 v. Don Gabriel siguió editando lunarios por lo menos hasta 1668; sin embargo, en 1650 (AGNM, *Inquisición*, caja 5015, exp.81) fue acusado de practicar la “astrología judiciaria”, y de predecir “cosas” sobre nacimientos.

<sup>20</sup> Año 1681, AGNM, *Archivo Histórico de Hacienda*, vol. 438, exp., 121.

<sup>21</sup> Antonio de Sigüenza Suárez y Figueroa. Soldado para el socorro al Real Campo de



mayor, Lugarda ingresó como capellana real al monasterio de Jesús María y en 1673 tomó sus votos perpetuos.<sup>22</sup> Tal vez por la misma época, José se acogió a la vida corporativa de la Iglesia, al pedir y obtener el hábito en el convento de La Merced.<sup>23</sup>

Diego trabajó como receptor de impuestos de la Real Audiencia de México y contrajo matrimonio con María Yáñez de la Peña.<sup>24</sup> Se desconoce a qué oficio se dedicó Francisco Dionisio, pero se sabe que casó en 1683 con Teresa Serrano de Rosales.<sup>25</sup> José Ignacio Felipe se hizo escribano y celebró esponsales con Isabel de Garibay en 1686, ceremonia de la que Carlos figuró como testigo.<sup>26</sup> Finalmente, la última, María Teresa, debió morir muy joven, ya que no se ha dado con ninguna otra noticia suya.

Cabe señalar que, aparte de su famoso hermano mayor Carlos, tanto el fraile José como el receptor del fisco, Diego, tuvieron inclinaciones poéticas; de hecho el mercedario llegó a ganar un certamen literario en 1683 y Diego fue autor de un poema para el virrey marqués de La Laguna.<sup>27</sup>

---

Manila. Año 1671. Milicias, México-Filipinas, AGNM, *Archivo Histórico de Hacienda*, vol. 6, exp. 9, 1 f. El virrey Mancera da cuenta del socorro enviado a Filipinas. AGI, *México*, 45, núm.20.

<sup>22</sup> Se convirtió en monja de “velo negro” en 1673. AGNM, *Indiferente virreinal*, caja 4086, exp.19.

<sup>23</sup> *Testamento*, f. 9v.

<sup>24</sup> Año 1692, AGNM, *Matrimonios*, vol. 138, exp. 119. Y Año 1709, AGNM, *Indios*, vol. 36, exp. 329.

<sup>25</sup> Véase acta matrimonial de Francisco (3 de mayo de 1683) en: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:939Z-R4Y4-S?cc=1615259&wc=3P6P-2NP%3A122580201%2C141349601:20May2014>, Asunción Sagrario Metropolitano (Centro) > Matrimonios de españoles 1672-1688 > imagen 543 of 777.

<sup>26</sup> AGNM, *Matrimonios*, vol. 201, exp. 31. AGNM, *Indiferente virreinal*, caja 1093, exp. 24, 1 f. acta matrimonial de Ignacio en: <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:JHT6-RRX>, imagen 706 de 707. José Antonio de Alzate menciona a un tal Cristóbal, hermano de don Carlos, que hacía funciones de escribano; quizá era éste, Ignacio. Alzate señala que era capitán (Trabulse, 2019, 267).

<sup>27</sup> Sobre José, véase Irving Leonard (1984, 21). Sobre Diego, véanse Gabriel Zaid (1971, 404) y Martha Lilia Tenorio (2013, 15).

Más que un apoyo para su carrera, los padres y hermanos de Sigüenza serían a lo largo de su vida si no un verdadero lastre sí una carga económica considerable que llevó siempre sobre sus hombros.

## **Sigüenza: formación y empleo**

Carlos fue alumno seglar de gramática y retórica en el Colegio de San Pedro y San Pablo y en mayo de 1660 se hizo novicio en Tepetzotlán; el 15 de agosto de 1662 (Carreño, 1949, 325) tomó sus votos simples. Se dice que ese mismo año escribió su *Primavera indiana, poema sacro-histórico. Idea de María Santísima copiada de flores*, que forma parte del ciclo poético novohispano sobre la virgen del Tepeyac y que se publicaría tiempo después. Los superiores enviaron luego al estudiante al colegio poblano del Espíritu Santo, para que siguiera con su formación; simultáneamente se matriculó en derecho canónico en la Real y Pontificia Universidad, donde conoció y trabajó amistad con un discípulo, Antonio de Robles, ulterior autor de un famoso *Diario de sucesos notables (1665-1703)*.

Pero el 3 de agosto de 1667, a punto de cumplir 22 años, los jesuitas lo expulsaron: habían descubierto que, por las noches, saltaba la tapia del plantel para irse de correrías a la ciudad de Puebla (O'Gorman, 1994, 600). Aunque el motivo de su desafiliación no trascendió entonces al público, la suya no dejaba de ser una despedida deshonrosa, pero lo peor fue que le representó la pérdida irremisible de la seguridad material de una carrera en la corporación. Por ello, en 1668 se animó a solicitar el reingreso, que le fue denegado.

Entre 1669 y 1672, se matriculó varias veces en los cursos universitarios de cánones y artes, pero no obtuvo ningún

grado (González González, 2000, 200; Lorente Medina, 2008, 14). En cambio, paralelamente atendió con mejor éxito sus propias inclinaciones, pues logró sacar de prensas el poema guadalupano que había escrito más de un lustro atrás y también un soneto suyo en los preliminares de una obra de dedicación al templo del convento de Balvanera, en la ciudad de México.<sup>28</sup> Además, sus intereses lo condujeron al pasado prehispánico y al estudio del náhuatl (Pérez Salazar, 1928, 51), pero lo que más lo atrajo fueron la astronomía y las matemáticas, que cultivaba con esmero desde sus tiempos de estudiante en Puebla.

A este respecto, la ya mencionada boda de su hermana mayor, en 1670, pudo ser para él una afortunada coincidencia: es altamente probable que por mediación de Inés, Carlos hubiera entrado en contacto con el suegro, don Gabriel López de Bonilla, el astrólogo-astrónomo autor de lunarios. De tal cercanía y comunicación debió nacer la afición de Sigüenza a elaborar los referidos almanaques, el primero de los cuales se publicó en 1671. La impresión y venta de los lunarios le representaban un modesto ingreso y jamás dejaría de hacerlos en lo que le restó de vida.

Acaso este intensivo entrenamiento en la llamada “astrología natural” lo animó a presentarse a oposiciones a la cátedra de matemáticas y astrología en la Real y Pontificia Universidad, pese a que apenas tenía 27 años y unos cursos universitarios truncos. En julio de 1672 sustentó los exámenes y derrotó por amplísimo margen a los otros dos competidores: de los 95 votos posibles, él se quedó con 74 (Aguirre, 2002).<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Diego de Ribera, *Poética descripción de la pompa plausible que admiró esta nobilísima ciudad de México en la sumptuosa dedicación de su hermoso, magnífico y acabado templo, celebrada el 22 de diciembre de 1667 años... México*, Francisco Rodríguez Lupercio, 1668. Tendría una segunda edición en 1671.

<sup>29</sup> AGNM, *Universidad*, vol. 89, núm. 2, ff.524 r.

Así se hizo catedrático, pero su relación profesional de más de veinte años con la universidad no fue precisamente tersa, pues incontables veces se enfrentó con el claustro de doctores, que lo menospreciaban por carecer de dicho grado —no obstante que en algún momento obtuvo el de bachiller—<sup>30</sup> y por no ser miembro genuino de ninguna facultad. Siempre combativo, Sigüenza consiguió que lo nombraran diputado de hacienda o contador de esa casa de estudios durante algunos años y, así, contra viento y marea, mantuvo su cátedra en propiedad hasta su jubilación, en julio de 1693. Aunque su salario era de escasos 100 pesos anuales y no siempre pagado con puntualidad, la pertenencia a la corporación de la universidad era para él timbre de orgullo y en las portadas de sus obras siempre hizo constar su condición de catedrático.

## Las relaciones

Habiéndose ordenado sacerdote en 1673, al año siguiente el arzobispo de México, fray Payo Enríquez de Ribera, le concedió a Carlos una licencia para predicar el evangelio. Pero más que a las tareas pastorales, parece que el resto de la década se ocupó en indagaciones sobre el pasado indígena, porque de esta etapa data otra obra, hoy perdida, *Fénix del Occidente*, que sintetizaba sus consideraciones para identificar al apóstol santo Tomás con Quetzalcóatl (Adorno, 2017, 25-26). Además, en este tiempo entabló amistad con don Juan de Alva Cortés, hijo del cronista Fernando de Alva Ixtlilxóchitl y quien luego le heredaría a Carlos los papeles de su padre. Esta liga daría cuenta de sus reiteradas visitas al cacicazgo de Alva en

---

<sup>30</sup> Pérez Salazar (1928), indica que también cursó artes en el año 1673.

Teotihuacan, donde varios arqueólogos aseguran que alrededor de 1675 Sigüenza intentó excavar un túnel en la cara sur de la pirámide de la Luna (Alva Ixtlilxóchitl, 1985, 37 y Schávelzon, 1983, 22-23).

Por otro lado, hay evidencia de que su relación con el arzobispo fray Payo no fue demasiado cercana. Sin embargo, por encargo suyo, el sabio tuvo que viajar a Querétaro, donde se alojó en la casa del presbítero y magnate don Juan Caballero y Ocio. Ahí debía escribir una relación de las fiestas de la dedicación del templo de la Congregación de Guadalupe, corporación que protegía el arzobispo y a la que pertenecía Caballero. Tal fue la génesis de *Glorias de Querétaro* (1680).

Ese mismo año y seguramente más por su fama de erudito que por una genuina relación personal con él, los señores del cabildo de México le encargaron el diseño y confección del arco triunfal de recepción que exaltaría los méritos del nuevo virrey, Tomás Antonio de la Cerda, marqués de la Laguna. Además, en el libro correspondiente *Teatro de virtudes políticas que constituyen a un príncipe*, el autor propuso como modelos de conducta moral y política ni más ni menos que a los antiguos “emperadores” mexicanos.

Por cierto, en cuanto a su cercanía con las cúpulas de poder, aparte del episcopado, Sigüenza gozaría de la protección y benevolencia de los virreyes marqués de la Laguna (1680-1688) y mucho más de su sucesor, el conde de Galve (1688-1696), como luego se dirá.

Siendo un profundo conocedor de la astronomía y las matemáticas, sobre las que tenía una visión innovadora y por mediación del marqués de la Laguna, Carlos fue nombrado cosmógrafo del reino. En cuanto a esto, y como han señalado muchos de sus estudiosos, mantuvo una nutrida correspondencia con diversos y prestigiosos científicos europeos, si bien, poco se

ha dicho de sus ligas epistolares con un consejero de Estado y Grande de España, el napolitano don Domingo de Giudice, duque de Giovenazzo (Belando, 1740, 550), quien, además de ser un político y diplomático profesional, tenía su vena científica y erudita.

En la coyuntura de la aparición de un cometa entre fines de 1680 y principios de 1681, don Carlos sacó un escrito corto, el *Manifiesto filosófico*, cuyo fin era explicar el fenómeno y calmar los temores de la gente. La réplica se la dio el jesuita tirolés Francisco Eusebio Kino quien, recién llegado a México, publicó su *Exposición astronómica*, en la que corroboraba que el fenómeno tenía efectos desastrosos para el ser humano. A la polémica se sumó la acerba crítica contra Sigüenza de un viejo adversario suyo, al que había derrotado en las oposiciones por la cátedra de matemáticas, el doctor José de Escobar Salmerón y Castro. Aparentemente, el claustro universitario apoyó las tesis del jesuita extranjero y de Salmerón, en detrimento de aquel a quien tenían por un modesto profesor de matemáticas (González González, 2000, 221-222). Todavía tardaría don Carlos una década en publicar su airada respuesta en la *Libra astronómica y filosófica*.

Amén de rivales, malquerientes y corresponsales científicos de gran fuste —que mucho enorgullecían a don Carlos—, también había otros estudiosos locales o de paso por Nueva España con quienes tenía interlocución de temas científicos y de ciencia aplicada. Tales como el ingeniero militar austríaco Jaime Franck, comisionado para remodelar la fortificación de Campeche; los contadores de la Real Caja de México, Sebastián de Guzmán y Córdoba, que además era piloto de navíos, y Juan Bautista de Mendrice, quien le obsequió al sabio un pequeño telescopio; el jesuita esloveno Marko Anton Kappus, destinado a las misiones de Sonora y gran aficionado a la óptica, que le vendió un catalejo de gran alcance.

En materia de literatura e historia, no hace falta insistir en que él y sor Juana Inés de la Cruz tuvieron comunicación y mutua admiración (si no la pretendida amistad que muchos les han atribuido sin demostrarla); y sin duda, el pasado grecorromano sería, entre otros, un interés que compartía con su amigo don Miguel de Figueroa, abogado de la Real Audiencia. En cuanto al mundillo de las librerías, cabe imaginar sus charlas de trastienda sobre nuevos títulos e impresos con su compadre, el mercader de libros Isidro Gutiérrez.<sup>31</sup>

Pero seguramente una de las relaciones más entrañables del erudito novohispano fue la que forjó con el arzobispo Francisco Aguiar y Seijas (1682-1698). Fue gran amigo suyo y le profesó el mayor de los afectos, aunque, dado el carácter tempestuoso de ambos, se dice que alguna vez protagonizaron un violento pleito, que culminó con el apaleo del sabio a manos del prelado. Sigüenza acompañó a Aguiar y Seijas en su primera visita pastoral por la diócesis en 1683. En el trapiche de San Felipe, doctrina de Tlanchinol (en el actual estado de Hidalgo), a él correspondió cantar la epístola en la misa y en Pachuca predicó durante la procesión del *Via crucis* (Bravo Rubio y Pérez Iturbide, 2004, 72).

Don Carlos se convirtió desde entonces en el “limosnero” arzobispal —o encargado del reparto de dádivas a los pobres— lo que, aparte de ocuparle muchas horas, lo ponía en contacto directo con la población de la ciudad, a la que podía predicar y de la que podía escuchar confesiones, sin limitación de temporada, porque así se lo autorizó el mitrado.<sup>32</sup> A esta misma rela-

---

<sup>31</sup> De este comerciante se conoce una memoria de libros (o inventario) de 1684 (Poot Herrera, 2016, 39).

<sup>32</sup> Información de méritos y servicios de don Carlos de Sigüenza y Góngora capellán del Hospital del Amor de Dios y catedrático de Matemáticas de México, 1694, AGI, *Indiferente general*, 133, núm. 99; e *Indiferente general*, 161, núm. 445. Aunque nada se dice aquí de la cancelación previa de su licencia, en 1683.

ción se debió la obtención, en 1685 (Leonard, 1984, 294-295) de la capellanía del Hospital del Amor de Dios, que dependía del arzobispado y tenía patrocinio regio. Se trataba de una colocación modesta, en el nosocomio para “bubosos”, es decir, sifilíticos que se encontraba inmediato a la morada familiar de los Sigüenza, en la calle de Jesús María. Si bien tenía las ventajas de ofrecer una habitación anexa para el capellán, para la que, por cierto, Sigüenza solicitó la realización de mejoras y ampliación al maestro de obras y arquitecto Cristóbal de Medina Vargas. Esta última petición, aparentemente tuvo que ver con la necesidad de Sigüenza de dar alojamiento a su hermana Inés, que había enviudado recientemente, y a sus sobrinos.

Por su cercanía con Aguiar y Seijas, don Carlos conoció a gente de su clientela, como don Juan de Narváez, un criollo rico y rector de la universidad que había hecho una carrera meteórica con apoyo en su abultado patrimonio familiar. Fue Narváez quien le encargó y pagó a Sigüenza la escritura del *Triunfo parthenico* en 1683, reseña de un certamen poético universitario sobre la Inmaculada (González González, 2004, 17-38). A ese mismo círculo arzobispal pertenecía el sacerdote oratoriano Juan de la Pedroza, capellán del recogimiento para mujeres de San Miguel de Belén<sup>33</sup> y al parecer igualmente otros clérigos, como Rodrigo Alfonso Lupercio y Diego del Castillo Márquez, promotores de obras pías y hermanos de congregaciones como la de San Pedro y La Purísima o José de Porras, dedicadas a la labor de atención hospitalaria de mujeres dementes. Y con todos ellos tuvo camaradería.

Sigüenza creó lazos igualmente cordiales entre algunos regulares de cierto relieve en el ministerio. Consta que fue

---

<sup>33</sup> Fundado en 1682 por el presbítero Domingo Pérez de Barcia. Aguiar y Seijas proporcionó ayuda económica a la institución, que era un refugio para mujeres desprotegidas, incluidas las prostitutas (Muriel, 1974, 93 y ss.).



muy amigo suyo el franciscano Agustín de Vetancurt, autor de la connotada crónica *Teatro mexicano*. Apreciaba igualmente a miembros de la rama descalza franciscana, o frailes dieguinos, como el provincial fray Pedro de Aguirre. Por otro lado, en la Compañía de Jesús lo distinguieron con su amistad el provincial de México, Francisco de Arteaga; el rector del Colegio de San Pedro y San Pablo, Ambrosio de Odón; el predicador estelar de la Casa Profesa, Juan Martínez de la Parra y el misionero hondureño de la California, Juan de Ugarte.

Se ha dicho antes que, durante los años 70 Sigüenza confraternizó con el cacique don Juan de Alva Cortés. A grado tal que, antes de su muerte, don Juan lo nombró su albacea y responsable de su legado para testar en su nombre, encomendándole en especial la defensa de los intereses de su hermano, heredero y sucesor al cacicazgo, Diego de Alva Cortés.<sup>34</sup> Don Juan debió fallecer entre 1681 y 1682 y, a partir de ese momento, empezaron los sinsabores de Carlos. Primero porque, contraviniendo la voluntad del difunto y de manera ilegítima, Diego empezó por revocar los poderes de Sigüenza para dárselos a un “mestizo zapatero”, de nombre Sebastián de Alva (de seguro, su pariente), quien interpuso querrela legal contra el erudito. Al poco tiempo, el referido zapatero —ahora traicionando a su representado— se alió con Felipe de Alva, primo de Diego, para poner juntos en tela de juicio la honradez de Sigüenza y tratar de apropiarse de la herencia del fallecido cacique. El largo y enredado litigio familiar<sup>35</sup> culminó en 1684, con una sentencia de la Real Audiencia que reconoció como legítimo sucesor a don Diego de Alva Cortés.

---

<sup>34</sup> Se decía que don Diego era inexperto en los negocios, además de tener problemas de salud y ser corto de vista. Pérez de Salazar, *op.cit.*, p. 41 y ss.

<sup>35</sup> Que se remontaba a 1666, cuando el tío Luis y su sobrino Juan de Alva se disputaron el cacicazgo de San Juan Teotihuacan, conflicto que se resolvió en 1667, en favor del segundo.

En 1686, cuando parecía que todos los problemas se habían zanjado, Sigüenza fue nuevamente víctima de las demandas e infamias del mal agradecido don Diego, quien ahora acusó al sabio de haberse apoderado ilícitamente de unos terrenos en Teotihuacan. Don Carlos argumentó que el difunto don Juan se los había legado para dotar en ellos una capellanía, cuyo beneficiario era él mismo (y que luego pasaría a su sobrino Rafael). E incontrovertiblemente, a la postre, los tribunales le dieron la razón pues, años más tarde, Sigüenza aún se referiría a tales predios como su “rancho”, propiedad que daba en alquiler, aunque no siempre le pagaban a tiempo.

Se diría que, en sus asuntos financieros, Sigüenza también prefería las negociaciones con las elites, en este caso, con los caballeros del hábito de Santiago, ya que sus transacciones, depósitos, vales y libranzas estaban en manos de los nobles señores don Julián Osorio<sup>36</sup> y don Pedro Carrasco.<sup>37</sup> Si bien llegó a recibir cometidos de índole comercial de personajes bastante menos ilustres, como el marino genovés Vicente Caralipio, vecino de Cádiz, que en 1684 lo dejó a cargo de la cobranza de unos bienes que comercializó en su visita a México. Irónicamente, don Carlos nunca lo sabría, pero Caralipio fue procesado en Madrid por comercio ilícito o contrabando.<sup>38</sup>

Volvamos al asunto del favorecimiento que el virrey conde de Galve dispensó a Sigüenza. En 1690, su amigo el contador Sebastián Guzmán y Córdoba publicó a sus expensas la famosa *Libra astronómica y filosófica*, en cuya dedicatoria al virrey el editor celebraba que el sabio autor por fin tenía un digno patrón

---

<sup>36</sup> También era miembro del Real Tribunal del Consulado de Comerciantes, AGNM, *Tierras*, vol. 2985, exp. 17 y AGNM, *Indiferente virreinal*, 1950, exp. 28.

<sup>37</sup> Además de comerciante, era capitán de milicias. AGNM, *Bienes nacionales*, vol. 340, exp. 8, vol. 1083, exp. 57; y AGNM, *Capellanías*, vol. 85, exp. 588.

<sup>38</sup> AGI, *Escribanía*, 1102B, año 1690.

a quien acogerse. Como para corroborarlo, el erudito dedicó al mismo dignatario su obra *Infortunios de Alonso Ramírez* (1690). Y en efecto, el conde tomó a don Carlos bajo su ala y empezó a darle ocupaciones, como el arreglo de las acequias de la ciudad de México, a fin de evitar inundaciones, y el trazado del mapa general de Nueva España. Sigüenza, a cambio, se hizo cargo con su pluma del panegírico de su señor; en el mismo año 1691, en ocasión de la victoria de las armas españolas sobre Francia en la isla de Santo Domingo, don Carlos escribió la *Relación de lo sucedido a la Armada de Barlovento* y su *Trofeo de la justicia española en el castigo de la alevosía francesa* que celebraba un triunfo que en mucho atribuía a la acción de su protector, el conde. Todavía al empezar el año 92 firmaría un *Mercurio volante*, en el que exaltaba las providentes medidas virreinales en la pacificación de los grupos indígenas de Nuevo México.

Pero aún haría un servicio mayor a la autoridad y a la historia. Tras una temporada de inundaciones y catástrofes agrícolas que produjo escasez y hambre, así como la especulación de los comerciantes con el maíz y el trigo, estalló un motín en la capital el 8 de junio de 1692. La turba enardecida puso fuego al Baratillo, mercado de la plaza mayor; a la alhóndiga, al ayuntamiento y al mismísimo palacio virreinal, del que, a riesgo de su vida, Sigüenza sacó y puso a salvo el archivo de la ciudad. En la posterior crónica del suceso, *Alboroto y motín de los indios de México* (1692), se dice que escrita por encargo expreso de su patrón, describía con detalle el tumulto, pero siempre encomiando los desvelos virreinales para paliar la crisis que lo antecedió y, en general, el buen gobierno de su titular (Escamilla, 2000).

La relación de esta revuelta era una carta supuestamente dirigida a un amigo suyo, el almirante Andrés de Pes, navegante de la carrera de Indias, castellano de San Juan de Ulúa y otro

de los clientes del conde de Galve. Justamente en compañía de este marino y por mandato del virrey, Sigüenza iría en 1693, para aportar documentación científica y cartográfica, a una expedición naval a la costa norte de Luisiana y al reconocimiento de la que se llamaría la bahía de Santa María de Galve, en la Florida, donde habría de fundarse la ciudad de Pensacola. De hecho, una punta de dicha bahía se denominó de Sigüenza.

Por mediación del virrey, don Carlos obtuvo en el verano de 1693 su jubilación como catedrático de la universidad. Un año más tarde, incluso, enviaría a la corte su relación de méritos y servicios, apoyada por una carta de recomendación del conde de Galve, para que se le concediese una canonjía o ración en las sedes catedralicias de México o Puebla (Laske, 2016, 118-119). Sin embargo, nada de esto surtió efecto.

## El peso de la familia

Pero volvamos ahora a las relaciones más inmediatas o cotidianas de don Carlos, pues así como se movía con soltura entre las altas capas de la sociedad novohispana, también frecuentaba a sus estratos inferiores y ahí encontró afinidades y simpatías. Con una beata pobre y humilde, Inés de la Cruz, tuvo incluso una “hermandad espiritual”, de ésas que se adquieren en coloquios piadosos y devociones compartidas. Fue también su camarada Carlos Navia, que en el Santo Oficio tenía los cargos de portero y proveedor (o encargado de atender las necesidades materiales de los reos). Navia era un joven estudiante de leyes o cánones y carecía de recursos, como lo demuestra el que más de una vez lo demandaran por deudas<sup>39</sup> y que su morada

---

<sup>39</sup> AGNM, *Inquisición*, vol. 76, exps. 11, 16 y 20, vol. 48, exp. 14. Con los años y ya siendo sacerdote, llegaría a censor del Santo Oficio: AGNM, *Inquisición*, vol. 847, exps. 722 y 763.

fuese un mísero cuartito en el entresuelo de la Inquisición.<sup>40</sup> Otra gente de oficio menestral también pudo llamar “amigo” a Sigüenza, así José de Vargas, ayudante de enfermero, Gaspar Dávila Villavicencio, sacristán del templo, y Josefa Ramos, criada del Hospital del Amor de Dios. Y, finalmente, mucho debió apreciar el erudito a Teresa Millán, su sirvienta, a quien no olvidó en su testamento.

Aunque su madre había fallecido en 1682 y sus hermanas Inés y Francisca faltaron un poco después, la muerte de otros de sus seres queridos golpeó violentamente a don Carlos en los años 90 del siglo. En 1695 pasó a mejor vida uno de sus hermanos más amados, Francisco; al año siguiente se produjo el deceso de su padre (Coddington, 595) y poco más adelante moriría su hermana Juana. Aparte del natural duelo, en el plano personal estos acontecimientos se tradujeron para él en diversas encomiendas y obligaciones: quedar como albacea de sus restantes hermanos, como cabeza de familia de la casa paterna y como responsable de la viuda e hijos de Francisco. De tal suerte que a partir de 1695, su cuñada Teresa Rosales y sus cinco pequeños hijos, José Antonio (nacido en 1684), Fernando, (1685), María Catalina (c.1686), Rafael (1688) y Tomás (1691),<sup>41</sup> fueron a vivir con él. A sus sobrinos varones los puso en la escuela, a la niña le dio dote y a todos los alimentó y vistió mientras tuvo vida.

Además de estos —hijos de Francisco—, Sigüenza tuvo por lo menos otros catorce sobrinos, aunque bien pudieran haber sido ser más. De su hermana mayor, Inés, se conocen los nombres de cuatro vástagos: María Guadalupe (?), Gabriel Gregorio (1674), María Xaviera Dionisia (1676)<sup>42</sup> y Francisco (1680)<sup>43</sup> López

---

<sup>40</sup> AGNM, *Inquisición*, vol. 70, exp. 2.

<sup>41</sup> Registros en: <https://familysearch.org/>.

<sup>42</sup> <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:N5HL-JV3>.

<sup>43</sup> <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6DNT-WJ8K>.

de Sigüenza. De su hermana Francisca, se han conservado los de cuatro retoños: Diego Nicolás (1676); María Rosa (1678), José Marcelino (1680) y Francisca Unsueta Sigüenza.<sup>44</sup> Y de su hermano Diego, constan otros seis: Carlos José (1681), María Francisca (1682), Francisco Gregorio (1685), Dionisia Antonia (1688), Cayetano Miguel (1691) y Antonio Aparicio (1699)<sup>45</sup> Sigüenza Yáñez.

Preocupación de don Carlos fue que sus sobrinas mayores encontraran buen partido, para cuyo efecto dispuso inversiones que, al momento de su muerte, les produjeran dotes razonables. Así, además de a María Catalina (hija de Francisco), dotó a María Guadalupe (hija de Inés), a María Rosa (hija de Francisca) y a María Francisca (hija de Diego). Pero de toda esta gente menuda, innegablemente, sus preferidos fueron dos: Gabriel López de Sigüenza —el mayor de sus sobrinos— y Rafael Sigüenza, el cuarto hijo de Francisco. Al primero, que hacia el año 1699 ya era un joven de 25 años que lo atendió en sus achaques y males, lo hizo su albacea. Al segundo, niño de apenas 12, le transfirió los bienes que heredara de su propio padre, su capellanía, amén de otras cantidades y efectos para garantizar su educación futura.

A casi un lustro de que se iniciara el siglo XVIII, los Sigüenza y Figueroa que quedaban vivos eran: don Carlos y sus cuatro hermanos menores, sor Lugarda de Jesús; fray José el mercedario; Diego, que trabajaba como receptor de impuestos de la Real Audiencia de México,<sup>46</sup> e Ignacio, quien aparentemente se había hecho escribano.<sup>47</sup> Con estos dos últimos, acaso, no tuvo el erudito ni gran cercanía ni trato muy fraternal,

---

<sup>44</sup> <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6DNT-WJ8K>.

<sup>45</sup> <https://www.familysearch.org/ark:/61903/1:1:6DNT-WJ8K>.

<sup>46</sup> AGNM, *Matrimonios*, vol. 138, exp. 119, año 1692. Y AGNM, *Indios*, vol. 36, exp. 329, año 1709.

<sup>47</sup> AGNM, *Matrimonios*, vol. 201, exp. 31.

y pudiera ser que el distanciamiento se debiese a algunas fricciones por la herencia paterna, ya que en un curioso párrafo de su testamento, don Carlos certifica que el reparto de bienes fue equitativo y legal, como lo hizo constar en una memoria, razón por la cual “no pueden mis hermanos ni tienen que demandarme cosa alguna por dicho albaceazgo de mi padre y señor.”<sup>48</sup> Por otro lado, si lo comparamos con lo que repartió entre otras personas e instituciones, lo que él mismo les dejó como legado a estos dos fue mínimo: 250 pesos destinados a vestir a los hijos de Diego y algunas prendas de su uso personal para el hermano —con la especificación de que no se le entregara nada en metálico, sino en especie. Siendo también el mayor de los varones en posibilidad de sucesión, a Diego le traspasó el vínculo en la villa de Viana, del Obispado de Cuenca, Castilla, que su padre le dejara en su momento (vínculo del que, por otra parte, nada había sabido don Carlos en largo tiempo). Por lo que toca a Ignacio, el menor de todos, únicamente dispuso que se le dieran 50 pesos.

La más somera revisión del testamento de don Carlos de Sigüenza y Góngora da cuenta de cuáles fueron sus prioridades al sentir el reclamo de la muerte. Primero, como sacerdote y como todo buen cristiano, hacer profesión de su fe y dejar a continuación las disposiciones materiales perentorias para los sufragios de su alma. El segundo sitio lo ocupan las instrucciones que buscaban proteger económicamente, hasta donde fuese posible, a su familia. Siguen las obras pías en beneficio de los más desvalidos (indígenas, pobres, enfermos, locos, desamparadas, viudas y prostitutas), y luego las donaciones a conventos e instituciones eclesiales, entre las que ocupa un lugar señalado la Compañía de Jesús, a la que

---

<sup>48</sup> *Testamento*, f. 10 r.

hizo depositaria de sus bienes más preciados: su colección de documentos y de instrumentos científicos. Finalmente, van los legados a distintos particulares, amigos y personas cercanas. Como responsables directos del cumplimiento de su última voluntad y del reparto de dinero y objetos —además del referido Gabriel López de Sigüenza, su sobrino—, quedaron dos íntimas amistades de su juventud universitaria: el diarista y presbítero Antonio de Robles y el doctor y catedrático Agustín de Cabañas.

Don Carlos murió apenas cumplidos sus 55, en el verano del año 1700, tal como él lo había precisado en su testamento y lo verificaron los cirujanos en su autopsia: a causa de un enorme cálculo renal que hizo de los años postreros de su existencia un auténtico tormento. Aparentemente, no todo lo que él dejó especificado en su sucesión se ejecutó al pie de la letra, porque al menos una parte de sus papeles históricos los reservó Gabriel para sí. De modo que, si en su morada definitiva casualmente llegó a enterarse, gran congoja tuvo que sentir por saberse perseguido —aun en la muerte— por la maldición de un nuevo pleito testamentario: el que llevó a los juzgados en 1701 su cuñada viuda, doña Teresa Rosales, contra el sobrino Gabriel “sobre cierto legado” de don Carlos de Sigüenza y Góngora.<sup>49</sup>

---

<sup>49</sup> AGNM, *Bienes Nacionales*, Vol. 1214, exp. 29, año 1701.



## Bibliografía

- Adorno, Rolena (2017). Don Carlos de Sigüenza y Góngora y las antigüedades mexicanas. En Carlos F. Cabanillas Cárdenas (ed.), *Sujetos coloniales: escritura, identidad y negociación en Hispanoamérica (siglos XVI-XVIII)* (pp. 11-33). Nueva York: IDEA.
- Aguirre, Rodolfo (2002). Sigüenza y la Real Universidad de México: el intelectual frente a la corporación. *Signos históricos*, 8, 91-107.
- Alva Ixtlilxóchitl, Fernando de (1985). *Obras históricas*. Ed., est. introd. y apéndice documental de Edmundo O'Gorman. México: UNAM.
- Belando, Nicolás de Jesús (1740). *Historia civil de España, 1: Sucessos de la guerra y tratados de paz, desde el año de mil setecientos hasta éste de mil setecientos treinta y tres*. Madrid: Impr. Manuel Fernández.
- Bravo Rubio, Berenise y Marco Pérez Iturbe (2004). Tiempos y espacios novohispanos: la visita pastoral de Francisco Aguiar y Seijas (1683-1684). En Alicia Mayer y Ernesto de la Torre Villar (ed.), *Religión, poder y autoridad en la Nueva España* (pp. 67-84). México: UNAM.
- Carreño, Alberto María (1949). El Archivo Municipal de la capital de la Nueva España y su salvador don Carlos de Sigüenza y Góngora. *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, VIII (4), 321-352.
- Codding, Mitchell A. (2002). Carlos de Sigüenza y Góngora. En Raquel Chang-Rodríguez (coord.), *Historia de la literatura mexicana. Vol. 2. La cultura letrada en la Nueva España en el siglo XVII* (pp. 586-618), México, Siglo XXI-UNAM.
- Escamilla, Iván (2000). El Siglo de Oro vindicado. Carlos de Sigüenza y Góngora, el conde de Galve y el tumulto de 1692. En Alicia Mayer (coord.), *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje 1700-2000* (pp. 179-204), México: UNAM-IIH.

- González González, Enrique (2000). Sigüenza y Góngora y la Universidad: crónica de un desencuentro. En Alicia Mayer (coord.), *Carlos de Sigüenza y Góngora. Homenaje, 1700-2000* (pp. 187-232). México: UNAM.
- González González, Enrique (2004). Mecenazgo y literatura: los destinos dispares de Juan de Narváez y de Sigüenza y Góngora. En Rodolfo Aguirre Salvador (coord.), *Carrera, linaje y patronazgo, Clérigos y juristas en Nueva España, Chile y Perú (siglos XVI-XVIII)* (pp. 17-38). México: UNAM-Plaza y Valdés.
- Laske, Trilce (2016). La relación de méritos de Carlos de Sigüenza y Góngora: entre protección virreinal y singularidad argumentativa. *Estudios de Historia Novohispana*, 55, 2016, 117-123.
- Leonard, Irving (1984). *Don Carlos de Sigüenza y Góngora. Un sabio mexicano*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lorente Medina, Antonio (2008). Introducción. En Carlos de Sigüenza, *Oriental planeta evangélico* (pp. 7-78). Pamplona: Universidad de Navarra/Iberoamericana/Vervuert.
- Muriel, Josefina (1974). *Los recogimientos para mujeres. Respuesta a una problemática social novohispana*. México: UNAM.
- O'Gorman, Edmundo (1994). Datos sobre D. Carlos de Sigüenza y Góngora, 1669-1677. *Boletín del Archivo General de la Nación*, 15, 593-612.
- Pérez Salazar, Francisco (1928). *Biografía de don Carlos de Sigüenza y Góngora*. México: Antigua imprenta de Murguía.
- Poot Herrera, Sara (2016). Títulos de Cervantes en la Nueva España en tiempos de Sor Juana. *Romance notes*, 1, 35-42.
- Ribera, Diego de (1668). *Poética descripción de la pompa plausible que admiró esta nobilísima ciudad de México en la sumptuosa dedicación de su hermoso, magnífico y acabado templo, celebrada el 22 de diciembre de 1667 años...* México: Francisco Rodríguez Lupercio.
- Schávelzon, Daniel (1983). La primera excavación arqueológica de América: Teotihuacan en 1675. *Anales de Antropología*, 20 (1), 121-134.

Tenorio, Martha Lilia (2013). *El gongorismo en Nueva España, ensayo de restitución*, México: COLMEX.

Trabulse, Elías (2019). La obra cartográfica de don Carlos de Sigüenza y Góngora. En Amaya Garritz (coord.), *Una mujer, un legado, una historia. Homenaje a Josefina Muriel* (pp. 157-167). México: UNAM-IIH.

Zaid, Gabriel (comp.) (1971). *Ómnibus de poesía mexicana*. México: Siglo XXI.